

# UN ANÁLISIS SINTÁCTICO DE DOS TIPOS DE CAUSANTE

ANTONIO FÁBREGAS  
Universidad de Tromsø  
antonio.fabregas@uit.no

## Resumen

Este trabajo muestra que, sobre la suposición de que los papeles temáticos deben corresponder a posiciones específicas dentro de una jerarquía sintáctica, deben distinguirse dos tipos de causantes. Combinando pruebas sintácticas y semánticas tomadas de (a) los participios resultativos; (b) las nominalizaciones eventivas y (c) las construcciones causativas se argumenta que hay un causante directo, por debajo de la posición de los agentes, que debe ser coextensivo temporalmente con la situación y también un causante indirecto, jerárquicamente más alto que los agentes, que no tiene este requisito de coextensión temporal.

PALABRAS CLAVE: Causantes, Agentes, Papeles Temáticos, Participios, Nominalizaciones

## Abstract

On the assumption that theta-roles correspond to designated hierarchical positions in syntax, this work shows that two classes of causers must be differentiated. Combining syntactic and semantic evidence taken from (a) result participles, (b) event nominalisations and (c) causative constructions we argue that there is a direct causer, lower than the position where agents are introduced, which must be temporary coextensive with the eventuality, and also an indirect causer, hierarchically higher than agents, which does not need to satisfy this temporal coextensiveness requisite.

KEY WORDS: Causers, Agents, Theta-Roles, Participles, Nominalisations

## 1. La UTAH y la configuracionalidad de los papeles temáticos

Este artículo tiene dos objetivos, el primero empírico y el segundo teórico. En la parte empírica, trataremos de explorar el comportamiento sintáctico de las nociones de agente, causante e instrumento, para determinar si pueden reducirse al mismo papel o deben diferenciarse entre sí. Concluiremos que la segunda opción es más plausible si se atiende a una serie de contrastes empíricos, y de hecho, que cabe distinguir sintácticamente entre dos tipos de causante. En cuanto al objetivo teórico, trataremos de aportar algo al debate acerca de si los papeles temáticos deben tratarse como rasgos

sintácticos o como la interpretación que reciben distintas configuraciones. El debate puede resumirse con el siguiente lema: los papeles temáticos, ¿son rasgos o son posiciones sintácticas? Defenderemos que los datos discutidos aquí apoyan más bien una propuesta en la que son posiciones sintácticas.

Acerca de la cuestión teórica, es tal vez oportuno hacer algo de historia. La idea de que un papel temático es un rasgo que trae un predicado desde el léxico y se descarga en la sintaxis cuando se asocia a un argumento fue la versión predominante durante muchos años. En un sistema formal temprano (como Chomsky, 1965) los papeles temáticos son rasgos que un núcleo —definido léxicamente como [+V]— tiene que satisfacer durante la derivación sintáctica. Un verbo como *da(r)*, en esta perspectiva, tiene tres rasgos que deben ser satisfechos, posiblemente por categorías de naturaleza distinta (1).

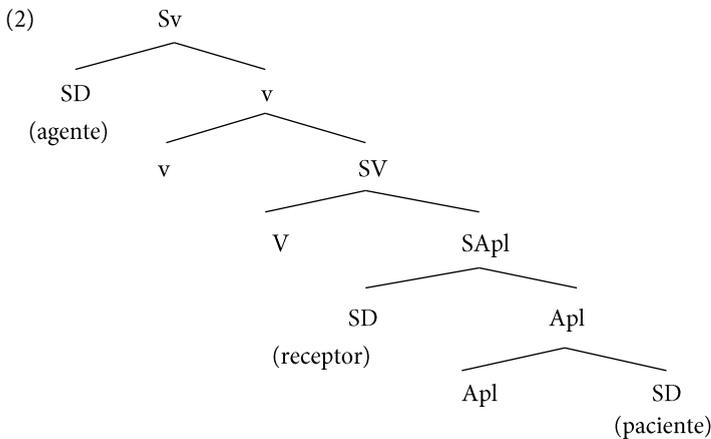
(1) *da(r)* [Agente, Tema, Receptor]

Ahora bien: si es cierto que un papel temático es un rasgo, salvo que se asuma alguna estipulación que haga a estos rasgos esencialmente distintos de todos los demás (Contreras y Masullo, 2002), no esperamos que los constituyentes que reciben papeles temáticos deban ocupar una posición fija dentro de la estructura sintáctica. Algo que se ha descubierto acerca de los rasgos sintácticos es que pueden establecer relaciones a distancia: por ejemplo, para que un núcleo concuerde con un argumento no es necesario (frente a lo que se supuso durante mucho tiempo) que el núcleo y el argumento estén bajo el mismo sintagma. Si los papeles temáticos son rasgos, en principio, esos rasgos podrían quedar satisfechos mediante concordancia a distancia y habría una serie de posiciones que un argumento podría ocupar aunque reciba el mismo papel temático (véase Fanselow, 2001 para una aplicación moderna de la idea de que los papeles temáticos son rasgos). Es decir: el argumento que recibe el papel temático de experimentante podría estar fuera del sintagma verbal que en principio le asigna dicho papel. Esto no parece ser el caso empíricamente. Aquí encontramos, pues, un problema potencial para esta visión de los rasgos que justifica que se hayan buscado alternativas analíticas.

Frente a esta visión, durante los años 80 empezó a desarrollarse una perspectiva distinta en la que los papeles temáticos no son propiedades de un núcleo —y por tanto rasgos—, sino interpretaciones que surgen de distintas configuraciones estructurales. Es decir: un constituyente recibe una interpretación de agente, paciente, receptor u otro papel temático porque aparece en cierta configuración con respecto a otros núcleos. Podemos, así, hablar de una posición para los agentes, o de una configuración especial para los pacientes. Al no tratar los papeles temáticos como rasgos, no esperamos que el papel temático pueda asignarse a distancia, ni (a la inversa) que la concordancia tenga que producirse siempre en la misma posición estructural.

La versión temprana de esta idea es la Hipótesis de la Uniformidad de Asignación Temática (también llamada UTAH, por Baker, 1988): hay una correspondencia biunívoca entre la posición de un sintagma con respecto a ciertas proyecciones de naturaleza verbal y la relación argumental que establece con el verbo contenido en esas proyecciones. Esto abre la puerta a una visión de los papeles temáticos no como

propiedades léxicas, sino como efectos configuracionales, y, por ende, lleva a las visiones exoesqueléticas de la estructura argumental (Borer, 2003). Frente a (1), donde decimos que un núcleo tiene ciertas propiedades que deben descargarse, pasamos a (2), donde decimos que el núcleo —una raíz— se asocia a una estructura en la que intervienen ciertas proyecciones que conforman una configuración que asigna ciertas interpretaciones temáticas a los sintagmas que aparecen en ella. Esto requiere, obviamente, proponer y motivar proyecciones funcionales extra que convierten lo que tradicionalmente se interpretaba como un SV en una estructura más compleja donde pueden establecerse tantas configuraciones como papeles temáticos se identifiquen. Se piensa que hay nudos distintos para los agentes y los pacientes (Larson, 1988; Chomsky, 1995; Kratzer, 1996), proyecciones para los receptores (SAplicativo —Apl—: Pykkänen, 2002; Cuervo, 2003), etc.



Hay dos teorías actuales que han abordado desde posiciones distintas esta cuestión. La primera es la de Hale y Keyser (2002). En su propuesta, los papeles temáticos son exclusivamente posiciones configuracionales que a la vez definen un núcleo como perteneciente a una categoría gramatical determinada. El verbo es un núcleo que toma un complemento; la preposición es un núcleo que toma tanto un complemento como un especificador; el sustantivo es un núcleo que carece de argumentos, y el adjetivo es un núcleo que debe tomar un especificador combinándose con un verbo o una preposición. Hale y Keyser, sin embargo, no son explícitos acerca de dos aspectos: el primero es la interpretación semántica específica que adquiere cada argumento. En términos generales, la interpretación semántica de cada argumento se encuentra radicalmente subespecificada: todos los complementos no preposicionales del verbo<sup>1</sup> pertenecerían a la misma clase, y, aunque esto no es explícito en su teoría, las

<sup>1</sup> Nótese que, en esta teoría, algunos complementos verbales que no van acompañados de preposición morfológicamente están introducidos por esta categoría en la estructura sintáctica. El término usado en el texto debe interpretarse, pues, como aquellos complementos que, sintácticamente, son complementos de V y no de una P asociada a V.

diferencias semánticas entre por ejemplo los que actúan como medidores del evento (comer una manzana) y los que son remas (pasear un perro) deberían dejarse a un componente no sintáctico. Esto ha sido visto como un problema de la teoría. Mateu (2002), partiendo de la propuesta de Hale y Keyser, de hecho trata de avanzar en un mayor isomorfismo entre la interpretación semántica y al estructura sintáctica, proponiendo la presencia de estructuras preposicionales que median entre el verbo y el complemento para refinar su contribución a la situación expresada por el verbo.

Un segundo aspecto con respecto al cual Hale y Keyser no son explícitos es la interpretación de los argumentos externos del verbo. La razón es interna a su teoría: los argumentos externos son introducidos por proyecciones funcionales, y para estos autores la sintaxis funcional pertenece a un nivel distinto de aquel en que se definen las categorías léxicas, que es su objeto de estudio principal. En este contexto emerge Baker (2003), que, retomando algunas ideas de Hale y Keyser y de su propio trabajo de 1988, se plantea la pregunta de qué determina la presencia de los argumentos externos. Su modelo es más mixto que el de Hale y Keyser: junto a la idea de que la lectura de argumento externo corresponde a una configuración sintáctica, al mismo tiempo acepta que las distintas categorías léxicas tienen distintas composiciones de rasgos y, así, el verbo puede introducir el argumento externo directamente, mientras que el adjetivo necesita una categoría funcional para poder introducirlo. Por lo tanto, sin negar que cada papel temático se asocie a una configuración determinada, queda implícito en la teoría que algo debe ser codificado mediante rasgos, si bien esos rasgos no determinan en principio la interpretación semántica del argumento: solamente determinan si el núcleo puede introducirlo o no. Al igual que Hale y Keyser, Baker también deja abierta la pregunta de cómo se obtienen las distintas interpretaciones semánticas del argumento externo, algo que, como veremos, es crucial en nuestro artículo. Al igual que Ramchand (2008) hará después, Baker parece adoptar la idea de que un argumento externo es interpretado como agente, causante o instrumento dependiendo de principios conceptuales.

De esta visión de los papeles temáticos como interpretaciones dentro de una estructura surgen una serie de preguntas de investigación:

- a) ¿Cuántos papeles temáticos se pueden definir estructuralmente? ¿Cómo de especificada o subespecificada está, en la sintaxis, la serie de distintas interpretaciones temáticas que parecen necesarias para describir las lecturas que obtienen los argumentos de distintas clases de verbos y construcciones?
- b) Ya que los papeles temáticos son posiciones dentro de una estructura, ¿responde esa estructura a una jerarquía fija o se permite cierta libertad en el orden en que se introducen las proyecciones?
- c) Si la jerarquía es fija, ¿cuál es la relación estructural entre los distintos papeles temáticos? ¿Cuál es más alto y cuál es más bajo?

Ninguna de estas preguntas tiene una respuesta simple. En lo que sigue vamos a revisar brevemente algunos contrastes que se han estudiado para abordar cada una de las cuestiones.

### 1.1. Cuántos papeles temáticos

Veamos brevemente la primera pregunta, y aprovechémosla para ir introduciendo los conceptos que discutiremos empíricamente en este trabajo. Si nos concentramos en la clase que podríamos caracterizar como ‘iniciadores de una situación’ (Ramchand, 2008; cf. también la noción de proto-agente, Van Valin, 1990), descriptivamente parece que debemos distinguir al menos tres clases.

- 3) a. Agentes: Juan abrió la puerta de una patada.
- b. Causantes: El viento abrió la puerta de golpe.
- c. Instrumentos: Esta llave abre la puerta principal.

Distinguir entre estos papeles más allá de un nivel intuitivo tiene complicaciones. El agente es un elemento que, prototípicamente, es animado, voluntario y controla la acción —en el sentido de que por sus propiedades internas hace posible que suceda el evento en cada punto de su desarrollo—; el causante, en cambio, es no animado, no voluntario y no controla el desarrollo de la acción, por lo que a veces basta con que solo la ponga en marcha, y sus propiedades internas no cuentan para el desarrollo. En (4) el verbo admite tanto agentes como causantes porque la situación que describe necesita que una entidad la inicie, pero después el desarrollo de la acción se produce de forma autónoma; en (5) el verbo necesita un agente, porque es imprescindible que alguna entidad controle el desarrollo de la acción —que cada disco esté en cierto orden con respecto a los demás—.

- (4) a. Juan tiró los discos al suelo.
- b. El terremoto tiró los discos al suelo.
- (5) a. Juan ordenó los discos alfabéticamente.
- b. \*El terremoto ordenó los discos alfabéticamente.

Un instrumento tiene las propiedades básicas de un causante, pero además debe interpretarse como una herramienta que normalmente no puede actuar por sí sola, de manera autónoma (6). Para poder funcionar como sujeto de un predicado, Alexiadou y Schäfer (2006) observan que debe ser posible asumir cierta autonomía del instrumento —en cuyo caso se convierten casi en causantes—, o suponer que por sus propiedades internas puede controlar la acción —a la manera de un agente—.

- (6) a. #El hacha rompió la ventana.
- b. La pelota rompió la ventana.
- c. Esta llave universal abre sin dificultad cualquier despacho.

Las teorías difieren con respecto a (i) cuántas superclases de iniciador hay y (ii) si estas superclases deben ser diferenciadas estructuralmente o se debe dejar al componente conceptual —nuestro conocimiento del mundo— la tarea de diferenciarlas. Alexiadou y Schäfer (2006), como ya hemos visto, proponen que los instrumentos que funcionan como sujetos nunca reciben un papel temático distinto de los causantes o los agentes. En cuanto a la segunda pregunta, Hale y Keyser (2002) o Baker (2003) presupondrían que causantes y agentes ocupan la misma posición

estructural, que estaría subespecificada para nociones como la capacidad de control de la acción o la voluntad, y Ramchand (2008) va aun más lejos al proponer que la sintaxis solo es sensible a una interpretación, Iniciador, que el componente conceptual especifica como agente, causante o instrumento. Quienes sugieren que estos papeles temáticos deben ser distintos para la gramática, en cambio, aducen que se diferencian en ciertos fenómenos. Por ejemplo, la elección de una preposición en inglés o francés distingue, en construcciones pasivas o anticausativas, los causantes de los agentes.

- (7) a. The cake melted {from / \*by} the heat.  
 la tarta se derritió {de / por} el calor  
 ‘La tarta se derritió por el calor’  
 b. The cake was cooked {by / \*from} John.  
 la tarta fue cocinada {por / de} John  
 ‘La tarta fue horneada por John’

La situación es más compleja, porque dentro de estas tres grandes clases de iniciadores —agentes, causantes e instrumentos— se han distinguido subclases. El problema, pues, crece exponencialmente, y adicionalmente surgen las preguntas de (i) si algunas de las divisiones que se han observado en la bibliografía responden a factores paralelos (eg., control frente a no control, aplicado tanto a agentes como a causantes) y (ii) si algunas de estas distinciones no están cruzando la frontera entre superclases, y deberían ser tratadas más bien como alternancias entre agente y causante o causante e instrumento.

Entre los instrumentos, Bosque (1989) distingue entre instrumentos *strictu sensu* y medios; los primeros intervienen solo en el inicio de una situación, mientras que los segundos contribuyen al desarrollo de un proceso o al mantenimiento de una situación después de que se haya iniciado. Kamp y Rossdeutscher (1994), aparentemente sin conocimiento previo del trabajo de Bosque, proponen una distinción semejante. Ilustrémosla. (8a) contiene un instrumento: el martillo inicia la acción de ‘dormir’, pero después está sigue sin intervención del martillo. (8b), en cambio, contiene un medio que no solo inicia el sueño, sino que contribuye a que se prolongue; es decir, mientras haya cierto porcentaje de cloroformo, el paciente no podrá despertarse.

- (8) a. El médico durmió al paciente con un martillo.  
 b. El médico durmió al paciente con unos tranquilizantes.

Solo los medios pueden convertirse en sujetos (9).

- (9) a. \*El martillo durmió al paciente.  
 b. Los tranquilizantes durmieron al paciente.

No parece posible sustituir *con* por *mediante* en el caso de un instrumento *strictu sensu*. (10b) es mejor que (10a).<sup>2</sup>

- (10) a. \*El médico durmió al paciente mediante un martillo.  
 b. El médico durmió al paciente mediante unos tranquilizantes.

Los agentes son prototípicamente volicionales, pero Travis (2005) distingue entre agentes volitivos y agentes no volitivos, que son los que aparecen en aquellas estructuras en que no hay un entañamiento de que la situación es iniciada por el libre albedrío del sujeto pero sí controla el desarrollo. En (11a), por ejemplo, suele interpretarse que Juan es tanto el que decidió escribir la carta como el que controló la escritura durante todo momento, hasta que la carta quedó acabada. En cambio, en (11b) las flores controlan la situación de ‘decorar’ —mientras haya flores, la carroza está decorada, y si se quitan, ya no está decorada—, pero obviamente no son las flores las que han decidido hacer esto. En (11c), por fin, aunque Pedro sea el que controla que los estudiantes sean expulsados, no se sigue lógicamente que este control responda a su propia voluntad. Surge en estos casos la duda de si al menos parte de la clase de agentes no volitivos no debería tratarse como medios o como causas (especialmente, en casos como 11b).

- (11) a. Juan escribió la carta.  
 b. Las flores decoran la carroza.  
 c. Juan hizo a Pedro expulsar a los estudiantes problemáticos.

Entre los causantes, Sichel (2011) y Alexiadou, Cano, Iordachioaia, Martin y Schäfer (en prensa) proponen diferenciar entre los causantes inmediatos o directos —que son aquellos que tienen fuerza teleológica (Folli y Harley, 2008) para producir directamente la situación, y son coextensivos con ella, de los causantes mediatos o indirectos —que no producen directamente la situación y, por tanto, no tienen por qué existir en el momento en el que esta se produce—. En (12a) es necesario que el huracán exista mientras se destruyen los cultivos, pero en (12b) podría suceder que la justificación de la evacuación se haga cuando el huracán aún no existe, pero se lo espera.

- (12) a. El huracán destruyó las cosechas.  
 b. El huracán (que se esperaba para el fin de semana) justificó la evacuación de la zona.

---

<sup>2</sup> Como nos hace notar un revisor anónimo, es cierto que a veces la prueba de la sustitución por *mediante* no da resultados perfectos. El revisor anónimo, al que agradecemos el comentario, observa el siguiente caso:

- (i) a. La banda sonora de Badalamenti durmió al niño.  
 b. \*Pedro durmió al niño mediante la banda sonora de Badalamenti.

Alternativamente, podríamos pensar que la banda sonora no es un medio, porque cuando el niño está dormido ya no la oye, y por tanto no controla que se mantenga el desarrollo del evento, sino que solamente lo inicia.

Por tanto tenemos al menos seis clases de iniciadores, que resumimos en la siguiente tabla. Los instrumentos se diferencian de los agentes no volitivos y de los causantes esencialmente por su autonomía: este es un criterio que Alexiadou y Schäfer no emplean, lo que justifica que los igualem a los agentes o a los causantes. Obsérvese que empleando solamente los contrastes que hemos tomado de la bibliografía, se predice que debería haber más de seis clases, porque hay más de seis combinaciones lógicas de elementos.

Tabla 1. Clases de iniciadores

	Animacidad	Volitividad	Control	Autonomía	Coextensión temporal
Agentes volitivos	Necesariamente	Sí	Sí, en inicio y desarrollo	Sí	Sí, en inicio y desarrollo
Agentes no volitivos	No es necesaria	No	Sí, en el desarrollo	Sí	Sí, en inicio y desarrollo
Causantes inmediatos	No es necesaria	No	Sí, pero solo en el inicio	Sí	Sí, pero solo en el inicio
Causantes mediatos	No es necesaria	No	No, ni en inicio ni en desarrollo	Sí	No
Instrumentos	No es necesaria	No	Sí, pero solo en el inicio	No	Sí, al menos en inicio
Instrumentos-medios	No es necesaria	No	Sí, pero solo en el desarrollo	No	Sí, al menos en el desarrollo

Algunas de estas diferencias serán cruciales en lo que sigue, especialmente la que se refiere a las dos clases de causantes.

## 1.2. Jerarquía fija o no

Asumiendo que al menos algunas de estas diferencias tienen reflejo en la gramática, la siguiente pregunta es si responden a una jerarquía fija de proyecciones o no. La primera opción sugeriría que tendríamos una estructura rica, con proyecciones distintas (13), cada una de las cuales introduce como especificador —o complemento— un SD que recibirá una interpretación distinta. Esta estructura no puede alterarse libremente; habrá puntos en los que pueda subordinarse a otros elementos, y puede suceder que (a la manera de Cinque, 1999) algunos de estos núcleos sean inactivos o estén ausentes en ciertos casos, pero nunca podremos tener, salvo subordinaciones múltiples, una estructura como (14).

(13) [SX [SY [SZ]]]

(14) [SZ [SY [SX]]]

Antes de seguir adelante es necesario hacer una observación sobre esta propuesta. Si aceptamos (13), sin embargo, tenemos el problema potencial de que normalmente no podemos tener múltiples argumentos externos, ya que cada uno de ellos estaría introducido por proyecciones distintas. Habría que dejar a otros componentes de la gramática la explicación de por qué no concurren: hay varias imaginables. Una de ellas es que no pueden concurrir los agentes con los causantes y los instrumentos porque solo hay una posición para asignar caso al argumento externo; otra sería que todos ellos deben interpretarse asociados a un evento, y si solo hay un evento, solo habrá uno de ellos que, en principio, pueda asociarse a él. Reconocemos, pues, que hay un problema.

Las propuestas existentes difieren en cuánta libertad combinatoria se admite para las proyecciones que determinan la interpretación argumental de los SDs. Algunos autores piensan que las proyecciones responsables de asignar papeles como agente o paciente deben estar ordenadas rígidamente entre sí —por las razones que se mostrarán en la siguiente sección—, pero en cuanto a proyecciones como Aplicativo se admite que se ordenen libremente con respecto a algunos de los otros núcleos, dando lugar a diferencias entre aplicativos bajos —que relacionan un receptor con un paciente dentro del mismo evento (15a)— frente a aplicativos altos —que relacionan un evento con un beneficiario (15b)—. En todo caso, como se comprueba, el papel temático que se interpreta en cada caso es distinto, por lo que se confirma el consenso general en que la interpretación de cada papel temático se hace en posiciones designadas jerárquicamente.

- (15) a. Juan le dio un libro a María.  
b. Juan le preparó una tarta a María.

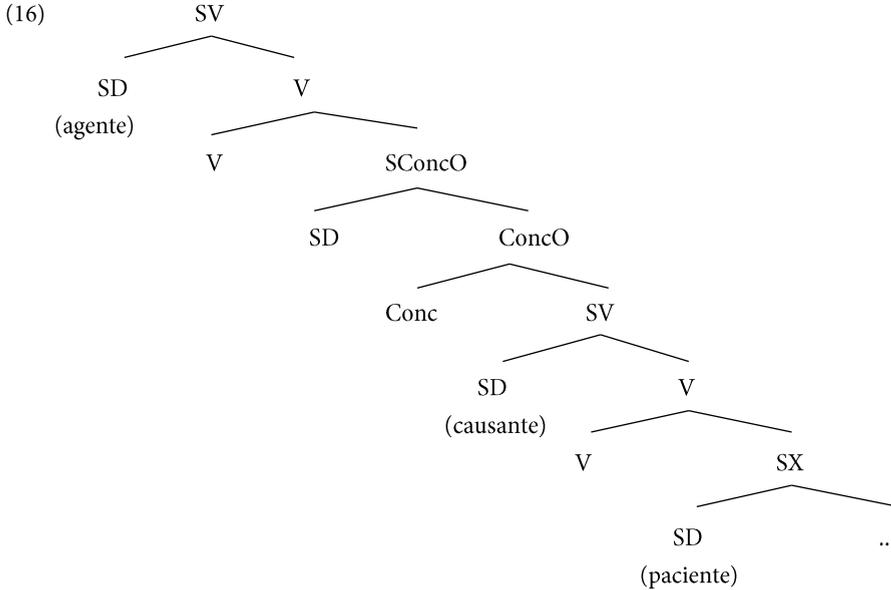
### 1.3. El orden entre los papeles temáticos

Pasemos ya a la tercera pregunta. El orden jerárquico entre las posiciones de ciertos papeles temáticos ha sido motivado mediante la convergencia de pruebas sintácticas, semánticas y morfológicas —relacionadas estas últimas con las llamadas alternancias argumentales, cf. Levin (1993), Ramchand (2013)—. Así, el hecho de que un agente tenga mando-c sobre un paciente, los contrastes entre verbos inacusativos y verbos inergativos, o las restricciones léxicas sobre los agentes estén determinadas por el constituyente que forma el verbo con el paciente, pero no a la inversa, ha llevado a un consenso general de que los agentes se encuentran en una posición más alta que los pacientes.

El problema se complica, sin embargo, cuando se intenta determinar la jerarquía relativa entre unidades que normalmente no concurren con el mismo predicado, como causa y agente. Al no aparecer en el mismo verbo al mismo tiempo, no es posible aplicarles pruebas estándar para observar la jerarquía entre ellas, y esto es parte de lo que motiva a que ciertas teorías traten estos papeles temáticos como manifestaciones semánticas distintas de la misma posición estructural.

Aquí nos interesaremos por si hay realmente una jerarquía rígida entre agentes y causantes. Fujita (1996) propone que estos dos papeles temáticos se encuentran

ordenados con el agente en una posición superior al causante, como en (16) —y supone que hay una estructura verbal ‘prolífica’ en la que puede haber más de un núcleo verbal, en la línea de lo que antes que él había propuesto Larson (1988) y de lo que posteriormente propondrían autoras como Ramchand (2008) o Rothmayr (2009)—.

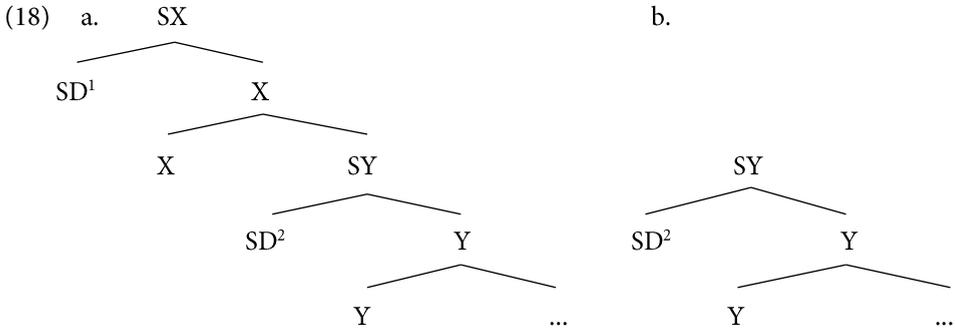


Es decir: el causante se introduce en una posición que domina al paciente, pero está dominada por la posición en la que, cuando recibe caso, aterriza el paciente: Sintagma de Concordancia de Objeto (SConcO). Por tanto, en un punto de la derivación el causante manda-c al paciente, y en otro es mandado-c por él. En cambio, el agente está en una posición más alta en la que siempre manda-c al paciente. La prueba principal de esto es que un sujeto causante puede contener una anáfora correferencial con el paciente (17); esto se explica si hay un momento de la derivación en que el paciente (en SConcO) manda-c al causante (en SV).

(17) Las fotos de ti mismo<sub>i</sub> llegaron a asustarte (a ti<sub>i</sub>).

Parecería, pues, que el orden rígido es agente > causante. En la siguiente sección, veremos que la situación no es, sin embargo, tan clara, y ciertos fenómenos parecen argumentar a favor de un orden causante > agente, que, veremos, combinado con estos otros datos, sugiere que deben distinguirse al menos dos posiciones distintas para el causante, cada una de ellas asociada a una lectura distinta. La estrategia que usaremos para observar el orden relativo entre estos dos papeles temáticos será fundamentalmente la de tomar estructuras verbales que están acortadas —en el sentido de que sobre ellas falta parte de la estructura funcional que de otra manera dominaría a un verbo en un contexto normal— y comprobar si es el agente o el causante el argumento que sobrevive en ese contexto. Si solo uno de ellos sobrevive, tendremos una prueba de que el argumento superviviente es más bajo jerárquicamente que el que

desaparece. Es decir, si hay una estructura como (18a), en los contextos en que aparece la versión reducida de (18b), podremos inferir que el argumento que falta en (18b) se encuentra en una posición más alta que el superviviente, sobre la suposición estándar de que las estructuras verbales están rígidamente ordenadas.



La pregunta es si SD2, el argumento que sobrevive en (18b), es agente o causante. Veremos que a veces es el agente, y a veces es el causante.

## 2. Causantes y agentes: patrones en conflicto

### 2.1. Participios resultativos

Se suele asumir que un participio que expresa el estado resultante (19b) contiene menos estructura funcional que un participio que expresa el evento completo, incluyendo la parte dinámica (19a). Hay varias formas de capturar esto; podemos asumir, con Embick (2004), que en cada una de las dos construcciones de (19) el morfema participial (Asp) subordina estructuras distintas (20). En todo caso, habría al menos un nudo eventivo que estaría presente en (19a), pero no en (19b).

- (19) a. El cuadro fue restaurado (por los especialistas).  
 b. El cuadro (ya) está restaurado.
- (20) a. [SAsp -do[SProceso [SResultado]]]  
 b. [SAsp -do [SResultado]]

Por tanto, la construcción de participio resultativo contiene menos estructura verbal que la de participio eventivo en la pasiva. En (19a) estamos refiriéndonos a un evento completo, que incluye tanto el inicio, como el desarrollo y el resultado. En cambio, en (19b) estamos hablando de un resultado que se obtiene tras la culminación de un evento. La propuesta de que en cada uno de estos dos casos tenemos una cantidad distinta de proyecciones verbales explica esta diferencia semántica de forma directa.

Tenemos, así, el tipo de contraste que podemos usar para determinar si el agente o el causante sobreviven al recorte. Consideremos (21).

- (21) a. Moriarty contaminó Londres.  
 b. El plomo contaminó Londres.

En el primer caso, tenemos un agente —una entidad que inicia la acción voluntariamente, y la controla para asegurarse de que Londres queda contaminado—; en el segundo caso tenemos un causante inmediato, una entidad que no es volitiva pero inicia directamente la contaminación. Pues bien: solo el causante puede ser preservado en la construcción resultativa.

- (22) a. \*Londres está contaminada por Moriarty.  
b. Londres está contaminada por el plomo.

El mismo tipo de contraste con el verbo de (23) da resultados iguales en (24).<sup>3</sup>

- (23) a. Juan cubrió la mesa.  
b. La manta cubrió la mesa.  
(24) a. \*La mesa está cubierta por Juan.  
b. La mesa está cubierta por la manta.

Los participios resultativos, pues, parecen apoyar el orden de Fujita, en que agente > causante. Si el participio resultativo excluye la proyección alta y en esa proyección alta se introduce el agente, esperamos precisamente que se preserven los causantes, que son más bajos; esperamos, pues, una jerarquía como (25), donde el -do resultativo aparece bajo los agentes pero sobre los causantes.

- (25) [ agente [-do [ ... [causante [...]]]]]

## 2.2. Nominalizaciones eventivas

Pero no siempre es así. La nominalización deverbal es otro caso en el que se ha motivado que las proyecciones verbales se encuentran recortadas. Entre otros muchos autores, Taraldsen (2012) ha mostrado que un nominalizador subordina una estructura que, con respecto a la versión puramente verbal de la base, carece de ciertas proyecciones funcionales que, de estar presente, le permitirían a la nominalización incluir en su estructura complementos directos no seleccionados argumentalmente, algo que es imposible —como sabemos desde Chomsky (1970)—.

- (26) a. Juan considera a Pedro inteligente.  
b. \*la consideración de Pedro inteligente por parte de Juan

---

<sup>3</sup> Como observa un revisor anónimo, debe explicarse también el contraste inverso de (i), donde el causante se rechaza en la pasiva eventiva.

- (i) a. Londres fue contaminado por Moriarty.  
b. \*/?Londres fue contaminado por el plomo.

La explicación es plausiblemente la siguiente: los agentes volitivos deben siempre ser coextensivos con el inicio y el desarrollo de la acción, pero los causantes no son coextensivos con el desarrollo, y a veces ni siquiera con el inicio. La pasiva eventiva contiene información sobre el inicio y el desarrollo, pero *el plomo* no es coextensivo con ambos participantes. Introducirlo como un complemento en este caso fuerza una lectura que choca con la interpretación de causante.

Ya que la nominalización puede ser eventiva, parece que en las nominalizaciones es posible subordinar el núcleo que expresa la eventividad (al que hemos llamado Proc, siguiendo a Ramchand), pero le falta al menos parte de la estructura funcional superior. Veamos ahora cómo funcionan los agentes y los causantes en las nominalizaciones. Sichel (2011) muestra que un agente siempre puede ser preservado, mientras que muchos causantes son imposibles en esta construcción. Concretamente, Sichel muestra que un causante mediato o indirecto nunca puede preservarse en el interior de una nominalización.

Si consideramos (27), en el primer miembro del par tenemos un agente. En el segundo tenemos una causa indirecta, que no es coextensiva temporalmente con el evento. (28) muestra que el agente, pero no la causa indirecta, pueden preservarse en la nominalización.

- (27) a. Juan justificó la ruptura de las negociaciones.  
 b. La manifestación (prevista para el mes siguiente) justificó la ruptura de las negociaciones.
- (28) a. la justificación de la ruptura de las negociaciones por Juan  
 b. \*la justificación de la ruptura de las negociaciones por la manifestación (prevista para el mes siguiente)

Este patrón de datos es sorprendente, a la luz de, al menos, lo que se vio en la sección anterior. Aquí parece que debemos tener una jerarquía como (29), en la que causante > agente, de manera que la nominalización de evento se produzca por debajo de ‘causante’ y por encima de ‘agente’.

- (29) [ causante [-ción [ ... [agente [...]]]]]

### 2.3. Estructuras causativas con *hacer*

Hay otro caso en el que parece que se apoya el orden causante > agente, contra Fujita (1996). Se trata de las estructuras causativas con *hacer*.

- (30) Juan hizo a María sacar la basura.

Hay numerosas razones para pensar que en estas estructuras no tenemos un caso de oración subordinada de infinitivo (algo que sabemos desde al menos Kayne, 1969). Recordemos dos de estas razones: (a) cuando *hacer* selecciona una cláusula subordinada admite predicados que no son gramaticales en la construcción causativa de infinitivo (31); (b) cuando *hacer* tiene una cláusula subordinada, ésta puede desplazarse autónomamente, pero esto jamás sucede con el infinitivo en la estructura que nos ocupa (32). Si tuviéramos la misma estructura —subordinación a *hacer*— en ambos casos, estas diferencias serían completamente inesperadas.

- (31) a. Juan hizo que la puerta se cerrara sola.  
 b. \*Juan hizo ((a) la puerta) cerrarse sola ((a) la puerta).
- (32) a. Que María sacara la basura lo hizo Juan.  
 b. \*Sacar la basura (se) lo hizo Juan a María.

c. \*(A) María sacar la basura (se) lo hizo Juan.

Si no tenemos un caso de subordinación, debe ser que en (30) tenemos una estructura jerárquica fija que muestra una secuencia de dos verbos, cada uno de ellos con una interpretación semántica distinta para su argumento, que refleja un orden rígido. Examinemos, pues, cuál es la interpretación del sujeto de cada verbo.

En (33) y (34) podemos comprobar que el argumento dativo —llamado ‘causado’ en los estudios sobre estas construcciones— que se interpreta como iniciador del evento del infinitivo debe ser un agente, no un causante —aunque corresponde a lo que Travis (2005) llamaría ‘un agente no volitivo’.<sup>4</sup>

- (33) a. Juan hizo a María contaminar Londres.  
 b. \*Juan hizo al plomo contaminar Londres.
- (34) a. Luis hizo a Juan cubrir la mesa.  
 b. \*Luis hizo a la manta cubrir la mesa.

En (35) se observa que el sujeto de hacer, en cambio, se comporta como un causante: es quien inicia el proceso, pero no el que controla su desarrollo. En (35a), Juan no tiene por qué tener ningún tipo de contacto con Kennedy, y podría darse el caso, incluso, de que Juan no estuviera vivo en el momento en que sucede el asesinato; en (35b) observamos que las entidades no animadas que de ningún modo pueden ser volicionales se admiten como sujetos de este verbo.

- (35) a. Juan hizo a la CIA asesinar a Kennedy.  
 b. La crisis hizo a muchos jóvenes abandonar el país.

### 3. Una cartografía de papeles temáticos

El problema es, pues, que para ciertos fenómenos el agente está sobre el causante, y para otros parece diagnosticarse el orden contrario. En esta sección vamos a argumentar que se debe diferenciar posicionalmente dos clases de causantes (36), con distintas propiedades semánticas y correspondientes a dos configuraciones distintas. Uno de ellos, que debe ser temporalmente coextensivo con la situación, está por debajo de los agentes, y se preserva con los participios resultativos y las nominalizaciones. El otro, por el contrario, funciona como una causa indirecta y está introducido en una proyección por encima del agente.

- (36) [causa indirecta [ nom/ hacer [ agente [-do [causa directa ]]]]]

---

<sup>4</sup>En los juicios de un revisor anónimo, al que agradecemos la observación, (33b) mejora si se introduce una entidad que desarrolla cierta actividad, aunque sea no animada: *Juan hizo a la radiación contaminar Londres*. Aunque no estamos seguros de compartir este juicio, la razón de que mejore podría ser que este caso sea de agente no volitivo, no de causa. El papel crucial que la radiación tiene al controlar el desarrollo del evento, si bien no es volitivo, podría ser lo que determina que pertenezca a esta clase.

### 3.1. Causantes bajos en el participio resultativo

Examinemos más de cerca los causantes que pueden preservarse dentro de un participio resultativo. Si tomamos la diferencia entre causas directas y causas indirectas que ya se ha mencionado, observamos un contraste claro entre ambas.

- (37) a. El terremoto contaminó Fukushima.  
b. La radiación contaminó Fukushima.

En (37b) tenemos una causa directa que tiene las siguientes características: (a) las propiedades inherentes del sujeto producen directamente la contaminación; (b) la duración temporal de la causa tiene que ser coextensiva con la situación descrita. Mientras dura la radiación, dura la contaminación; asimismo, la naturaleza de la contaminación está causada teleológicamente por la radiación. (37a), en cambio, es sin duda una causa no directa, ya que (a) el terremoto no es el responsable directo de la contaminación, porque sus resultados inmediatos —lo que está causado teleológicamente por él— no incluye necesariamente cierto grado de contaminación. Indirectamente, en la medida en que el terremoto destruye infraestructuras que liberan radiación, sí es un factor indirecto; (b) el terremoto no tiene por qué ser coextensivo con la contaminación. De hecho, el terremoto puede producirse un domingo y la contaminación puede no comenzar hasta el jueves, si entre esos dos días se ha intentado evitar sin éxito la liberación de la radiación.

La propuesta de que cada uno de estos dos tipos de causantes está en posiciones sintácticas distintas, y de que el causante directo está en una posición más baja, explica que solo el sujeto de (37b) pueda permanecer en el participio resultativo.

- (38) a. \*Fukushima está contaminada por el terremoto.  
b. Fukushima está contaminada por la radiación.

Tenemos el mismo tipo de contraste entre causa directa y causa indirecta en (39), y el mismo patrón en el participio (40).

- (39) [Una explosión levanta una nube de polvo que cubre el coche]  
a. La explosión cubrió completamente los coches.  
b. El polvo cubrió completamente los coches.  
(40) a. \*Los coches están cubiertos por la explosión.  
b. Los coches están cubiertos por el polvo.

Estos datos confirman una jerarquía *causa indirecta* > *causa directa*; la operación que forma un participio resultativo opera en una estructura mayor que la que incluye la causa directa, pero inferior a la que incluye la causa indirecta.

Podemos llevar esto un paso más allá. Aparentemente, los participios resultativos admiten ciertos ‘agentes’, pero no otros. Lo que vamos a defender aquí es que el participio resultativo nunca admite un agente, y que lo que parece un agente es en realidad una causa directa. Compárense las dos oraciones de (41), ambas con agentes.

- (41) a. El presidente firmó este decreto.

b. El líder de la oposición rechazó este decreto.

Aparentemente, (41a) mantiene el agente en la versión resultativa, pero no (41b).

- (42) a. Este decreto está firmado por el presidente.  
b. \*Este decreto está rechazado por el líder de la oposición.

Sin embargo, (42a) no funciona como un agente, como se ve en el rechazo de un adverbio que indica voluntad.

- (43) a. El presidente firmó {a regañadientes / a sabiendas} este decreto.  
b. \*Este decreto está firmado {a regañadientes / a sabiendas} por el presidente.

Proponemos que los aparentes agentes que pueden acompañar a estos participios son en realidad causas directas —y por tanto que, como muestra el contraste de (43), (42a) no es el equivalente de (41a)—. La diferencia entre las oraciones de (42) es que, de cierta manera, el presidente —o una manifestación de él— es coextensivo con la situación que se describe. La firma del presidente perdura en el resultado, y de alguna manera, si el decreto está firmado, es porque lleva en él la firma del presidente. Si esa firma desapareciera, el estado desaparecería también. En contraste con esto, cuando una entidad rechaza algo, en el resultado correspondiente no se mantiene ninguna manifestación explícita de la entidad que inició el rechazo. Este mismo contraste entre persistencia de una manifestación del iniciador en el estado resultante y su ausencia es el que hace que los aparentes agentes sean frecuentes con verbos de creación:<sup>5</sup>

- (44) a. El cuadro está pintado por Picasso.  
b. El poema está escrito por Garcilaso.  
c. La carta está escrita por Pedro.  
d. El papel teatral está interpretado por Al Pacino.  
e. La novela está traducida por Alberto.

En estos casos, el aparente agente perdura porque se pueden encontrar manifestaciones del iniciador en el resultado creado; generalmente, el estilo o las características personales del autor se suelen tomar como parte de lo que contribuye a un resultado. A veces es incluso la caligrafía: en (44c) podemos interpretar que Pedro perdura en la carta porque la carta es manuscrita y refleja su ortografía. Cuanto más

---

<sup>5</sup> Es importante en este punto clarificar cuál es el estatuto del principio que determina que debe haber coextensión temporal entre ciertos iniciadores y el evento. Como apunta atinadamente un revisor anónimo, el principio es de naturaleza semántica, no sintáctica. Sin embargo, la intuición que queremos defender es que es una interpretación semántica forzada por la posición que ocupa el iniciador: ciertas posiciones de iniciador no se interpretan configuracionalmente como coextensivas, mientras que otras fuerzan como parte de la interpretación en la interfaz conceptual una lectura coextensiva. Si se introduce una entidad no coextensiva en una posición sintáctica que fuerza una lectura coextensiva, se produce un choque entre ambas nociones, y resulta agramaticalidad. La alternativa es introducir esa entidad en una posición que no fuerza coextensividad, pero entonces cambia la interpretación del iniciador.

estandarizado sea el objeto resultado, y por tanto más difícil sea apreciar un estilo personal como manifestación del iniciador, más difícil es admitir estos complementos con *por*, lo cual apoya nuestra propuesta para estos casos.

- (45) a. Esta página web está hecha (?por Luis).  
 b. Esta hamburguesa de McDonalds está cocinada (??por Luis).  
 c. Este adosado está construido (??por la cuadrilla de obreros de SAG.S.A.)

Para que mejoren, basta con modificar el verbo —para que implique una intervención personal de la creatividad del iniciador—, el sujeto —para que sea un producto único— o el iniciador —para que sea un artista—. Contrástense las siguientes oraciones con los equivalentes en el ejemplo anterior.

- (46) a. Esta página web está diseñada por Luis.  
 b. Esta tortilla está cocinada por Ferrán Adriá.  
 c. Este rascacielos está construido por Frank Gehry.

Obsérvese, además, que en algunos de estos ejemplos es claro que la acción en sí —cocinar la tortilla en particular, o poner las barras metálicas para construir el rascacielos— no fue controlada por la entidad introducida con *por*, lo cual distingue a estos constituyentes de los agentes.

### 3.2. Nominalizaciones

Si la jerarquía sintáctica que hemos motivado anteriormente es *causa indirecta* > *causa directa* y las nominalizaciones de evento admiten agentes, pero no causas indirectas, el resultado que se sigue lógicamente ha de ser *causa indirecta* > *agente* > *causa directa*. Más aún, si la nominalización de evento toma como su base —como máximo— una estructura que incluye al agente pero excluye las causas indirectas, se sigue necesariamente que las nominalizaciones también deben admitir las causas directas. Esta predicción se cumple, como muestran los siguientes datos:

- (47) a. \*la contaminación de Fukushima por (parte d)el terremoto  
 b. la contaminación de Fukushima por (parte de) Moriarty  
 c. la contaminación de Fukushima por la radiación

### 3.3. Hacer causativo

De igual manera parece que el sujeto de *hacer* causativo es una causa indirecta. Tales iniciadores tienen dos propiedades que hacen que no se interpreten como causas directas, con control teleológico. En (48), no es necesario que ninguna propiedad de Juan hace que Luis sea envenenado, y tampoco es necesario que Juan sea coextensivo con la situación descrita por el predicado inferior —podría suceder que Juan dejara la orden escrita en su testamento para que Ana la cumpliera—.

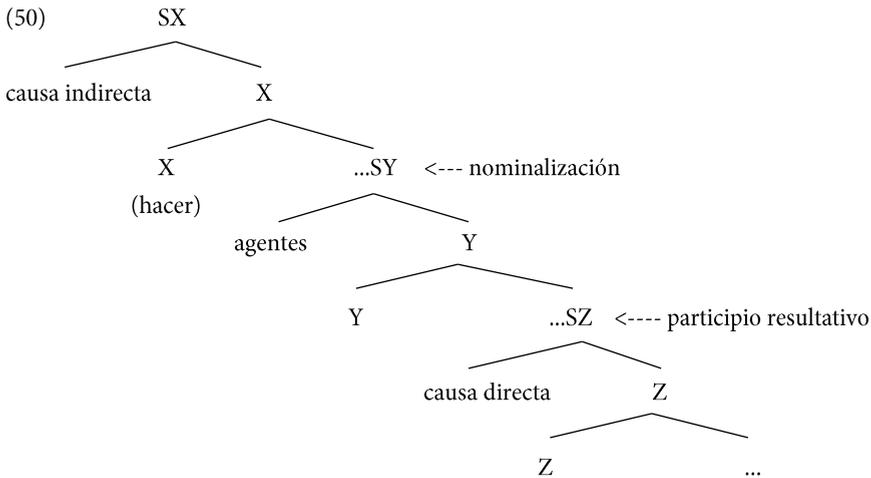
- (48) Juan hizo a Ana envenenar a Luis.

De hecho, si tratamos de expresar como sujeto de *hacer* causativo una causa con propiedades de causa directa (coextensión temporal y control teleológico), la oración resulta degradada.<sup>6</sup>

(49) ??El plomo hizo envenenar(se) a Juan.

### 3.4. La jerarquía completa

Con todo lo que tenemos aquí, resulta plausible proponer una jerarquía como la de (50) para los iniciadores que hemos estudiado en estas páginas.



*Hacer* causativo es una posible manifestación de X en (50): un núcleo que está por encima de la proyección de los agentes y que asigna a su especificador el papel de causa indirecta. La nominalización toma como base un constituyente menor que X, SY o una proyección entre Y y X. Una prueba independiente de que la nominalización no puede tomar X como parte de su base es que los verbos causativos nunca admiten nominalizaciones, como muestran los siguientes contrastes:

- (51) a. Juan hizo a Pedro estudiar latín.  
 b. \*la/el {hechada / acción / hecho...} de Pedro de estudiar latín por parte de Juan
- (52) a. Juan dejó a Pedro estudiar latín.

<sup>6</sup>Un revisor anónimo nota que la imposibilidad de nominalizar podría deberse simplemente a que el causativo es una estructura verbal. No obstante, ser una estructura verbal no es una condición suficiente ni necesaria para impedir la nominalización. Nuestra explicación se basa en la idea de que hay un límite superior a la cantidad de proyecciones verbales que pueden subordinarse a un nominalizador, y este límite queda por debajo de la proyección que introduce las causas mediatas.

b. \*la / el {dejada / deje / deja / dejación...} de Pedro de estudiar latín por parte de Juan

Por fin, un participio resultativo se construye empleando un subconstituyente verbal que debe ser necesariamente menor que Y: SZ o alguna proyección entre Z e Y. Una prueba independiente de que el participio resultativo no admite en su interior la proyección que introduce los agentes es, como se vio antes, su rechazo a adverbios orientados al agente.

Si lo que hemos dicho hasta ahora es cierto, tenemos una predicción empírica que —hasta donde se nos alcanza— es nueva: debería haber, entre los verbos que admiten un sujeto causante, dos clases, que diferirían en si su argumento externo es una causa directa o, por el contrario, una causa indirecta. Veremos que hay razones empíricas que confirman esta distinción y que, además, se correlaciona con diferencias aspectuales esperables dada nuestra propuesta.

Marín y McNally (2011) identifican dos clases aspectuales de verbos psicológicos de experimentante objeto. En la versión anticausativa, la clase de *aburrirse* contiene la especificación lingüística de un estado resultante, como se observa en dos fenómenos (53): su forma progresiva puede interpretarse como que el estado se ha alcanzado, y se desarrolla a lo largo del tiempo (53a) y su presente puede interpretarse como el propio estado alcanzado (53b).

- (53) a. Juan se está aburriendo (=Juan ya estaba aburrido, y sigue aburriéndose)  
b. Juan se aburre (=Juan está aburrido)

En contraste con esta clase, el grupo de *enfadarse* solo define gramaticalmente el inicio de un cambio de estado, pero no especifica el estado alcanzado —aunque se pueda inferir pragmáticamente— (54). Consecuentemente, su forma progresiva se interpreta como el estado preparatorio —es decir, igual que *estar a punto de*, donde no se ha alcanzado el estado, pero es inminente— (54b) y una forma de presente no admite con facilidad la interpretación de que el estado ha sido alcanzado, sino que debe ser acomodada como un hábito o una repetición.

- (54) a. Juan se está enfadando (=Juan no estaba enfadado, pero está a punto)  
b. Juan se enfada ({con facilidad / habitualmente})

Pertenecen a la clase de *aburrirse* otros verbos psicológicos que admiten con facilidad la lectura verdaderamente continua del progresivo, como *confundirse*, *distrarse*, *entretenerse*, *interesarse* o *preocuparse* —verbos no puntuales, en la terminología de estos autores—. A la clase de *enfadarse* pertenecen verbos llamados puntuales, como *asombrarse*, *asustarse*, *cabrearse*, *enfurecerse*, *indignarse*, o *sorprenderse*.

Lo que nos interesa aquí es que esta diferencia correlaciona con la que se da entre causas directas e indirectas. Los verbos no puntuales (es decir, que contienen información sobre el estado alcanzado) llevan causas directas, que deben ser necesariamente coextensivas con el estado psicológico. En (55a), por ejemplo, no tiene sentido que Juan continúe aburrido una vez que la clase de matemáticas haya acabado;

desaparecida la clase, desaparece el estado. De manera similar, el estado psicológico no puede iniciarse cuando ya hayan dejado de existir las causas, y no puede continuar después de su desaparición, en el resto de ejemplos de (55).

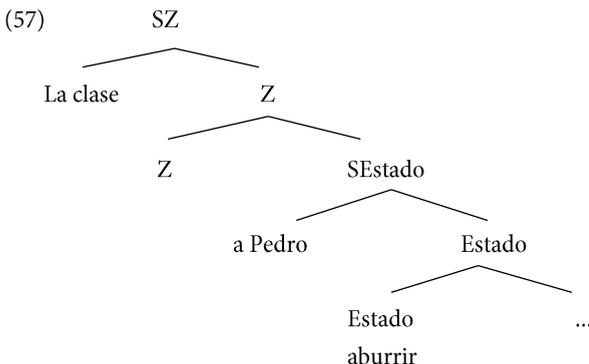
- (55) a. La clase de matemáticas aburrió a Juan.  
 b. El comportamiento de su hijo preocupó a Pedro.  
 c. La oscuridad confundió a Luis.  
 d. La película distrajo al bebé.

En cambio, con los verbos de la segunda clase es fácil concebir situaciones en las que el estado psicológico perdura una vez que ha desaparecido ya la causa, o incluso se inicia cuando la causa ya no existe. En (56a) podemos imaginar una situación en que la retirada de las ayudas a los erasmus ha sido revocada y a pesar de eso Luis sigue enfadado, o incluso, que Luis supiera de ese recorte y se enfadara por él cuando ya se había vuelto atrás en esa decisión.

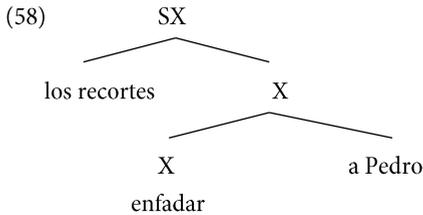
- (56) a. La retirada de las ayudas erasmus enfadó a Luis.  
 b. La vida de Descartes asombró a Pedro.  
 c. La futura manifestación convocada contra su persona ofendió al ministro.  
 d. Lo cerca que, sin saberlo, estuvo de ser víctima de aquel psicópata asustó a Pedro.

Esta diferencia en la necesidad o no de que haya coexistencia temporal entre causa y estado psicológico es la clase de contraste que se da entre causas directas e indirectas. La diferencia encaja bien con la idea de que, por ejemplo, el aburrimiento es una sensación que está motivada teleológicamente por un objeto, mientras que el enfado puede estar motivado indirectamente por alguna circunstancia que inicia una cadena causal, el último de cuyos eslabones produce el estado psicológico.

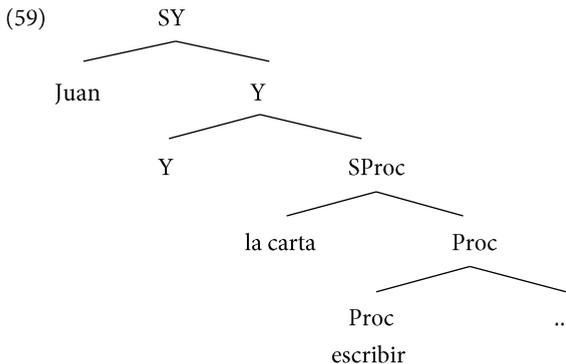
Lo que esto sugiere es similar a los resultados que hemos obtenido al analizar los participios resultativos. En este caso también era necesario que el causante fuera coextensivo con el resultado. Parece, pues, que el núcleo Z que introduce las causas directas debe combinarse necesariamente con proyecciones de estado.



Los verbos de la clase de *aburrirse*, al especificar un estado resultante, pueden introducir su causante mediante Z. En cambio, el núcleo X, que introduce las causas indirectas, no requiere coexistencia con un estado, por lo que es el único disponible para verbos de la clase de *enfadarse*, que carecen de una proyección de estado. Mínimamente, la estructura de un verbo como *enfadarse* habrá de ser la de (58), donde el núcleo solo indica la iniciación de una situación, sin especificar gramaticalmente su desarrollo o su estado resultante.



Por su parte, en la medida en que un agente real debe controlar cada punto del proceso, nuestros resultados sugieren que el nudo que introduce los agentes está solo disponible con un Sintagma Proceso (Ramchand, 2008) (59).



Será necesaria investigación posterior para determinar bajo qué condiciones es posible introducir dos o más iniciadores en la estructura sintáctica, si los causantes introducidos como sintagmas preposicionales (Juan escondió la carta por miedo) son distintos formalmente a los causantes que funcionan como sujetos, y si existen otras diferencias jerárquicas entre clases relevantes de agentes, instrumentos o causantes.

#### 4. Conclusiones

En este trabajo hemos revisado una serie de fenómenos relacionados con los papeles temáticos de iniciador que han motivado globalmente una separación de los causantes en al menos dos grupos, y adicionalmente una jerarquía en que los causantes directos son más bajos que los agentes, mientras que los causantes indirectos están por encima de ellos.

A las preguntas que nos hacíamos al iniciar este trabajo tenemos las siguientes respuestas provisionales, que están motivadas por los datos discutidos pero que obviamente deben explorarse en el futuro con otros contrastes para confirmar su validez:

- a) A la cuestión de si los papeles temáticos están especificados contextualmente, hemos respondido que sí. La interpretación del iniciador está determinada por la distinta configuración que ocupa dentro de la estructura sintáctica, y a esas posiciones se asocian lecturas animadas o no, coextensivas o no, autónomas o no, etc.
- b) A la pregunta de si esa estructura está fijada o las proyecciones pueden alterarse libremente hemos respondido que la estructura está fijada, y por esa razón cuando se establecen estructuras que incluyen proyecciones verbales debilitadas, en las que faltan elementos superiores, encontramos una correlación con las lecturas del iniciador que están disponibles.
- c) A la cuestión de cuál es el orden específico, hemos respondido que los agentes se encuentran por debajo de los causantes no coextensivo, pero por encima de los coextensivos.

Abriendo más la discusión, y considerando la alternativa de optar por un análisis lexicalista, la conclusión es que si se rechaza el lexicalismo y se trata de derivar la formación morfológica mediante estructuras sintácticas, los datos discutidos aquí hacen necesario aceptar una jerarquía de proyecciones rica, ordenada rígidamente y con posiciones distintas para distintas interpretaciones. Dicho de otro modo: los datos nos sugieren que si se opta por un análisis estructural, y no puramente léxico, los papeles temáticos deben ser configuraciones que se articulan en torno a una serie de núcleos muy rica. La alternativa sería aceptar que todos estos contrastes son léxicos, y que en el proceso de formación de distintos tipos de participios o nominalizaciones se pierde parte de los rasgos formales y semánticos de la base, restringiendo las lecturas de los argumentos. La argumentación necesaria para rechazar de plano los planteamientos lexicalistas nos llevaría mucho más allá de los límites de este artículo, por lo que dejamos la conclusión de forma condicional: los papeles temáticos deben ser configuraciones si no estamos dispuestos a aceptar que todos los procesos argumentales y aspectuales se deciden estipulativamente en el léxico, y la sintaxis se limita a operar sobre ellos.

*Recibido: 26.11.2013*

*Aceptado: 23.05.2014*

## **Referencias bibliográficas**

- Alexiadou, A. y F. Schäfer (2006): «Instrument subjects are agents or causers». En D. Baumer, D. Montero y M. Scanlon (eds.): *Proceedings of the 25<sup>th</sup> WCCFL*. Somerville, Cascadilla, págs. 40-48.

- Alexiadou, A., M. Á. Cano, G. Iordachioaia, F. Martin y F. Schäfer (en prensa): «The realization of external arguments in derived nominals», *Journal of Comparative Germanic Linguistics*.
- Baker, M. C. (1988): *Incorporation. A theory of grammatical function changing*. Chicago, University of Chicago Press.
- Baker, M. C. (2003): *Lexical categories*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Borer, H. (2003): «Exo-skeletal vs. endo-skeletal explanations: syntactic projections and the lexicon». En J. Moore y M. Polinsky (eds.): *The nature of explanation in linguistic theory*. Chicago, CSLI, págs. 31-67.
- Bosque, I. (1989): *Las categorías gramaticales*. Madrid, Síntesis.
- Chomsky, N. (1965): *Aspects of the theory of syntax*. Cambridge (Mass.), MIT Press.
- Chomsky, N. (1970): «Remarks on nominalizations». En R. A. Jacobs y P. S. Rosenbaum (eds), *Readings in English Transformational Grammar*. Waltham, Ginn and Co., págs. 232-286.
- Chomsky, N. (1995): *The minimalist program*. Cambridge (Mass.), MIT Press.
- Cinque, G. (1999): *Adverbs and functional heads*. Oxford, Oxford University Press.
- Contreras, H. y P. J. Masullo (2002): «Motivating merge». En M. Leonetti, O. Fernández-Soriano y M. V. Escandell Vidal (eds.): *Current issues in Generative Grammar*. Alcalá, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alcalá de Henares, págs. 11-29.
- Cuervo, M. C. (2003): *Datives at large*. Tesis doctoral. Cambridge (Mass.), MIT.
- Embick, D. (2004): «On the structure of resultative participles in English», *Linguistic Inquiry*, 35, págs. 355-392.
- Fanselow, G. (2001): «Features, [Theta]-Roles, and Free Constituent Order», *Linguistic Inquiry*, 32, págs. 405-437.
- Folli, R. y H. Harley (2008): «Teleology and animacy in external arguments», *Lingua*, 118, págs. 190-202.
- Fujita, K. (1996): «Double objects, causatives and derivational economy», *Linguistic Inquiry*, 27, págs. 146-173.
- Hale, K. y S. J. Keyser (2002): *Prolegomenon to a theory of argument structure*. Cambridge (Mass.), MIT Press.
- Kamp, H. y A. Rossdeutscher (1994): «Remarks on lexical structure and DRS construction», *Theoretical Linguistics*, 20, págs. 97-164.
- Kayne, R. S. (1969): *The transformational cycle in French syntax*. Tesis doctoral, Cambridge (Mass.), MIT.
- Kratzer, A. (1996): «Severing the external argument from its verb». En J. Rooryck y L. Zaring (eds.): *Phrase structure and the lexicon*. Berlin, Springer, págs. 109-137.
- Larson, R. K. (1988): «On the double object construction», *Linguistic Inquiry*, 19, págs. 335-391.
- Levin, B. (1993): *English verb classes and alternations*. Chicago, Chicago University Press.

- Marín, R. y L. McNally (2011): «Inchoativity, change of state, and telicity: Evidence from Spanish reflexive psychological verbs», *Natural Language and Linguistic Theory*, 29, págs. 467-502.
- Pylkkänen, L. (2002): *Introducing arguments*. Tesis doctoral. Cambridge (Mass.), MIT.
- Ramchand, G. (2008): *Verb meaning and the lexicon. First phase syntax*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Ramchand, G. (2013): «Argument structure and argument structure alternations». En M. den Dikken (ed.): *The Cambridge Handbook of Generative Syntax*. Cambridge, Cambridge University Press, págs. 265-322.
- Rothmayr, A (2009): *The structure of stative verbs*. Amsterdam, John Benjamins.
- Sichel, I. (2011): *Agent exclusivity in nominalization*. Manuscrito, The Hebrew University of Jerusalem: <http://www.ilg.uni-stuttgart.de/projekte/C2/events/07BareNouns/Sichel.pdf>
- Taraldsen, T. (2012): «The structural object position of verbs and nouns». En L. Brugé, A. Cardinaletti, G. Giusti, N. Munaro y C. Poletto (eds.): *Functional heads. The cartography of syntactic structures vol. 7*. Oxford, Oxford University Press, págs. 263-277.
- Travis, L. (2005): «Agents and causers in Malagasy and Tagalog». En N. Erteschik-Shir y T. Rapoport (eds.): *The syntax of aspect. Deriving thematic and aspectual interpretation*. Oxford, Oxford University Press, págs. 174-190.
- Van Valin, R. (1990): «Semantic parameters of split intransitivity», *Language*, 66, págs. 221-260.